

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

## **“ENTRE EL VESTÍBULO Y EL ALTAR”**

Sacerdote de Cristo, vive tu sacerdocio; estate “entre el vestíbulo y el altar”, siendo mediador entre el cielo y la tierra; llena tu misión de ser padre de todas las almas, sabiendo que el Señor te llamó, ante todo, “para estar con Él”.

“Entre el vestíbulo y el altar” oren los sacerdotes, no sea que, habiendo sido escogidos para dar gloria a Dios y vida a los hombres, por su pobre vida de oración sean infecundos, no llenen su vocación y vengán a convertirse en piedra de escándalo de esas mismas almas que les están encomendadas.

Sacerdote de Cristo, vive tu sacerdocio. Implora ante el Infinito gracias de vida abundante para todas aquellas almas que el Señor ha querido concederte.

¿Has calado en la hondura profunda de tu sacerdocio, sabiendo que la eficacia del mismo

está en la intimidad y unión que tú tengas con aquel Sumo y Eterno Sacerdote que, escogiéndote para continuar su misión, te pide morar en el seno del Padre y, desde allí, mediante esa intimidad con lo divino, dar vida abundante para que los hombres vivan de su Padre Dios? Tu sacerdocio te ha sido concedido especialmente para estar “entre el vestíbulo y el altar”, siendo glorificador del Amor Infinito, e irradiar este mismo Amor a todos los hombres.

“Entre el vestíbulo y el altar” vivan los sacerdotes del Señor. Sea su día una misa ininterrumpida, que, ante la mirada divina, los haga vivir en esa postura que han de tener al pie del altar. Sea glorificador de Dios, adórole en representación de todos sus hermanos y, metiéndose en la intimidad del Sumo y Eterno Sacerdote, coja el tesoro infinito de vida eterna que las almas le piden por su sacerdocio.

Sacerdote, sé mediador e intercesor, especialmente entre el vestíbulo y el altar”; el que recibas en ti el amor divino para comunicarlo a tus hermanos, y el que, como buen padre, te entregues por esos mismos hermanos, recibiendo en ti la expiación que por sus culpas necesitan ante el Señor, para que, a fuerza de llorar tú y victimarte por ellos, puedas llegar a presentar sus almas “como una casta virgen”, para desposarlas con Cristo.

Si tú, ungido y predestinado por el Amor Infinito para ejercer tu sacerdocio estando “entre

el vestíbulo y el altar”, entre Dios y los hombres, no oras, ¿quién lo hará? Si no has aprendido todavía el secreto de la familiaridad con el Sumo y Eterno Sacerdote, ¿qué esperas? Si tú no amas al Amor Infinito como Él necesita, ¿qué haces?, ¿en qué ocupas tu vida sacerdotal? ¿No sabes que has sido ungido especialmente para estar “entre el vestíbulo y el altar” recibiendo y dando amor? ¿Dónde irá el Señor para encontrar amor, consuelo, comprensión, descanso e intimidad de amigo y de hermano?

¡Ay sacerdote de Cristo, que quizá no has calado aún tu sacerdocio, que estás inconsciente ante la realidad divina que en tu alma se obra, y que vives sin saber y, aún peor, sin preocuparte de cómo has de vivir tu sacerdocio...!

“Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes del Señor”, sabiendo que Cristo es el Mediador infinito cuya postura principal fue siempre ejercer su sacerdocio y estar en actitud de víctima. Oren en unión con Cristo e, identificados con Él, vivan su sacerdocio y, como Aarón, puestos con el incensario ante la presencia del Infinito, sostengan la justicia divina y hagan subir hacia Dios inciensos de oración caldeada en el amor que, aplacando su ira, salve al pueblo del castigo que por sus pecados merece.

Sacerdote de Cristo, vive tu sacerdocio. La unción sagrada que cayó sobre ti es necesario que, derramándose hasta la orla de tus vestiduras sacerdotales, vaya impregnando de suavísimo

olor a todo el que a ti se acerque. Tú, por tu sacerdocio, tienes misión redentora, que ha de llegar hasta los últimos confines de la tierra, para que la eficacia de tu sacerdocio y de tu Misa, vida constantemente, sea cristificación para todas las almas y conocimiento amoroso del Sumo y Eterno Sacerdote, viviendo así todos los hombres de la vida divina que, por tu medio, el Señor quiso comunicarles.

Sacerdote de Cristo, vive tu sacerdocio, especialmente “entre el vestíbulo y el altar”, para que aprendas tu misión; recibe el pregón de amor eterno que el Verbo infinito necesita comunicarte. Solamente mediante una vida de profunda e intensa oración podrás recibir el Cántico eterno del Verbo, que, a través de su humanidad, en silencio, Él quiere cantar a tu alma. No olvides que has de vivir abundantemente para poder dar vida, y que tu llenura está en vivir tu Misa de tal forma, que toda tu vida sea misa y que tu Misa sea tu vida.

Tú que dices que tienes sed de almas, que necesitas dar gloria a Dios, ¿has calado en la eficacia de la vida de oración? ¿No sabes que el Señor lleva al alma a la soledad para hablarle a su corazón? El Infinito Amor te escogió con predilección eterna para que fueras el confidente de su corazón y supieras los profundos y recón-

ditos secretos del alma de Cristo, donde se encierra la plenitud de la Divinidad.

Sacerdote de Cristo, ¿has calado profundamente en el alma del Sumo y Eterno Sacerdote? ¿Has profundizado ese secreto íntimo del desconocimiento de Dios, que victimaba el alma santísima del Verbo de la Vida, y has escuchado alguna vez, en el secreto de la oración, el cántico infinito del Hijo del Padre que, en canción sangrienta de amor y dolor, te expresó a ti la tragedia dolorosa de su alma?

Eres tú especialmente el que has de recibir la repercusión vivida del alma del Sumo y Eterno Sacerdote. El ser sacerdote es algo que te exige mucho más que a los demás cristianos. A ti se te pide una gran santidad, que esté en consonancia con la predilección que el Amor Infinito tuvo sobre ti, al llamarte al sacerdocio.

“Entre el vestíbulo y el altar” vivan los ungidos del Señor. Sacerdote de Cristo, tú al menos vive tu vocación, estate en el altar ejerciendo tu sacerdocio y llenando tu misión.

Si las vírgenes del Señor, ejerciendo su sacerdocio místico, deben llegar a todas las almas de todos los tiempos, comunicándoles con su irradiación vida divina a todas ellas, ¿qué has de hacer tú? ¿Tampoco tú sabes orar? Tu principal misión es ésa. Si no oras ¿cómo entrarás en intimidad con el Verbo divino y recibirás la misión que quiso comunicarte cuando se encarnó, para que, a través tuya, las almas tuvieran vida?

Entra dentro de ti, sé sincero y procura ser fiel. En secreto, responde al Amor que te pide que tú, al menos, le conozcas, que sepas de su intimidad, que recibas su secreto. Si el Señor pudiera decir de ti: “Padre justo, ¡y el mundo no te ha conocido!”, pero éste si te conoció, por eso le he manifestado mi nombre y se lo manifestaré aún más...

Has de profundizarte en el misterio de Cristo, sabiendo —de saborear— lo que el Verbo de la Vida vino a comunicarte. Has de saberle escuchar y conocer el silbido de tu Pastor eterno, penetrando en el habla del Sumo y Eterno Sacerdote.

Mira, sacerdote de Cristo: el Padre está en tu alma, donde tú tienes que vivir durante todo el día celebrando tu misa; y está derramando sobre ti su Palabra divina tan maravillosamente, que todo el mensaje eterno de amor infinito se abre en tu seno, y se te está comunicando, en Canción divina de silencio indecible. El Espíritu Santo está besando tu alma, en un requiebro amoroso de paternidad infinita, y se está depositando en ti para hacerte conforme a Él.

Ungido del Señor, ¡atento!, que la Eterna Trinidad está recibiendo tu Sacrificio y se te está dando en retornación de amor, para que tú seas Dios por participación y le des a todas las almas.

El Señor te pide tu respuesta a su Don. Escucha, que el Padre te da su Palabra infinita, para que tú le des la tuya en un sí generoso de entrega total. El Espíritu Santo te besa para que

tú le beses. Es el misterio trinitario que en ti se obra el que te pide tu “sí”, esa palabra tuya que Dios desde toda la eternidad espera en respuesta amorosa a su eterna e infinita Palabra, ese “sí” incondicional a su Don.

Siento necesidad de pedir a todas las almas consagradas que vivan su sacerdocio, llenándose de vida divina, para que, haciéndose en ellas una fuente de aguas vivificantes, comuniquen vida eterna a todos los hombres.

El Señor quiere que todas sus almas consagradas sean fuente de aguas vivas en las que pueda beber todo el que tenga sed de Dios. Han de poder decir con Jesús: “El que tenga sed, que venga a mí y beba” y el que tenga hambre, que venga a mí y coma, porque, “entre el vestíbulo y el altar”, llenándome de vida divina, se ha hecho en mí “una fuente que salta hasta la vida eterna”.

Sacerdote de Cristo, ¿qué te pedirá a ti el Señor, a ti? No pienses en los demás; a ti... Has de saber que si no vives tu sacerdocio, eres como el mayordomo del Evangelio, que, escondiendo su talento, fue infecundo. Tal vez tienes fama de fervoroso, y no has calado en la hondura como infinita de tu sacerdocio, penetrando algo de su gran misterio.

¿Sabes que puedes mandar en el seno infinito de la Trinidad, de manera que, a tu palabra, se



abra ese seno adorable, y el Verbo, puesto a tu disposición, obre el milagro de la transubstanciación...? Todos los días, por ti, Dios prolonga el gran misterio de la Encarnación en tu mismo altar, entre tus manos, pudiendo decir que, por tu medio, el Verbo hecho carne habita entre nosotros; y también cada día, por tu palabra, se realiza el misterio de la cruz y de la resurrección. ¡Qué dicha la tuya poder dar a Dios “todo honor y gloria...”! ¡Qué descanso para el alma enamorada es el Sacrificio del altar...!

Vive tu sacerdocio, aprende a orar si aún no has calado el secreto de la oración. En cada momento Dios se es en tu alma la Infinita Palabra, y esa misma Palabra divina quiere comunicarte su secreto de amor. Pero si tú, por tu poco espíritu de oración, no sabes escucharle, ¿cómo podrás después comunicarle a los demás?

Sacerdote, ¡ora..., ora...! Ora para que vivas tu sacerdocio, para que tengas experiencia de que Dios te oye, para que seas omnipotente ante el Infinito, para que te llenes de su vida y entres en el misterio profundo del alma de Cristo, en el océano virginal del alma de María y en la riqueza infinita de tu Iglesia santa; y así, des vida en abundancia, como Jesús de ti lo desea, y todo el que se te acerque, quede vivificado.

Sacerdote de Cristo, irradia ese misterio escondido y secreto que, en tu alma ungida, el Sumo y Eterno Sacerdote está obrando, y que, a través de ti, quiere comunicar a todas las almas.

¡Ay sacerdote de Cristo...!, el celo de tu alma me devora; tanto, que desearía ser recibida por el Sacerdote Eterno, ya que mi victimación me pide ser hostia de misa para que tú te la comas a tu placer, viviendo mi sacerdocio en mi misa callada.

¡Ay sacerdote!, tú, al menos, vive tu vocación. Eres el elegido entre los elegidos, por predilección eterna, para entrar en el secreto del Padre, para recibir el mensaje del Amor eterno que el Verbo infinito vino a comunicarnos, para irradiar ese mismo secreto íntimo entre los demás sacerdotes, entre las almas consagradas y todas las almas que sean Iglesia. ¡Qué hondura la de tu vocación...! Tú has sido llamado para cooperar con la Iglesia a dar su mensaje de vida divina.

¿Cómo has de orar tú, miembro de la Obra de la Iglesia? ¿De qué calibre ha de ser tu oración, ante la majestad del Infinito? ¿Qué gracias has de arrancar del pecho del Altísimo? ¿Cómo has de profundizarte en el alma del Sumo y Eterno Sacerdote? ¡Qué hondo es el misterio de tu vocación...! ¿Tú tampoco has calado en este gran secreto?

Pero a ti, al menos, hijo querido, puedo hablarte con toda confianza y decirte: ¡No defraudes al Amor Infinito...! Ejerce tu sacerdocio, ama por los que no aman, ora por los que no

oran, ofréctete por los que no se ofrecen, llénate de vida divina por los que, por no orar, están vacíos. Sea tu sacerdocio tan íntimamente vivido, que no haya deseo ni petición de gracia que de ti salga que no sea inmediatamente escuchada por el Sumo y Eterno Sacerdote.

Vive sólo y exclusivamente para Dios, aparta de ti todo lo que no sea Él, entrégate a vivir tu Misa.

¡Ora, ora, ora! en postura sacerdotal, que Dios necesita de tu oración e intimidad para, por tu medio, hacer vivir a todas las almas su sacerdocio dentro del seno de la Iglesia.

Mira, hijo querido, no puede expresar la lengua lo que el alma siente. Hoy siento miedo de decirte la hondura de tu vocación, porque soy pequeña y temo a los *grandotes*. Soy muy cobarde y me dan miedo. Yo sólo me entiendo con los pequeños. Al menos tú, hijo mío, recibe hoy la confianza de mi alma.

Mira, lo que tú seas serán aquellos que te están encomendados; lo que tú vivas, vivirán ellos, porque Dios te ha hecho padre de almas, miembro vivificante de los miembros vivificantes de nuestra Iglesia santa. Tú al menos no te confundas: ora día y noche “entre el vestíbulo y el altar”, ejerce tu sacerdocio, recibe la palabra divina que el Sumo y Eterno Sacerdote dice a tu alma, para que con Él llenes tu misión.

Pesa sobre ti una gran responsabilidad. No des a las almas ideas aprendidas en el estudio frío

de la Teología. Ya sabes que “el que se apoye en el pecho de Cristo será predicador de lo divino”. Apoya tu cabeza en el pecho del Verbo Encarnado, dile que te enseñe a vivir tu sacerdocio, que te dé su íntimo secreto sacerdotal, que te profundice en un hondo espíritu de oración, dándote corazón de padre para que comuniqués vida. Pero, ante todo, insiste para que te descubra su secreto y, así, seas tú el consuelo del Unigénito del Padre.

“Entre el vestíbulo y el altar” vivan los sacerdotes del Señor y, haciendo silencio, escuchen en cada momento de su vida, ¡que en su alma se obra un gran misterio...!

¡Silencio! Haz silencio, sacerdote de Cristo, y escucha, que el Eterno Sacerdote te habla, te está diciendo su divina Palabra. La está imprimiendo en ti para que, haciéndote conforme a ella, seas tú ese sacerdote que quiso ver en ti al predestinarte.

Sigue, en silencio, respondiendo al Amor Infinito. Y así como Él está en ti, procura tú ahondarte en Él para que salgas de tu oración sabiendo, cada vez más profundamente, el secreto de amor y luz que esta palabra “oración” encierra.

A la palabra “oración” se le ha dado una sequedad parecida a la frase “vivir de fe”. Por eso, lo que hoy quiero comunicarte, al pedirte que vivas tu sacerdocio “entre el vestíbulo y el altar”,

no es precisamente que vayas al Sagrario con un libro de meditación, sino que te pongas sobre el pecho de Cristo a beber tu sacerdocio, y, ahondándote en ese divino costado, leas en el Libro abierto que el Verbo quiere deletrearte.

Recuerda aquel libro de los siete sellos que sólo el Cordero pudo abrir. Apóyate en el costado divino del Maestro y serás teólogo, aprendiendo la ciencia divina del Amor. Pero has de saber que sólo el Cordero podrá descubrirete, por la herida de su costado en el Libro abierto que Él es, los secretos divinos que encierra.

Por eso, no busques, si puedes, un libro para entenderte con Dios. Al Amor le estorban las criaturas para comunicársete. La criatura libro es un medio del que tú has de valerte para recoger tu alma. Pero, en el momento que sientas en ti o apercibas ese deseo de silencio; esa suavidad, que te pide descansar en el pecho divino; ese calor de lo eterno, que te invita a estarte amando al Amado; eso que te deja en una desgana de todo lo que no sea estarte con Dios sin decir nada, saboreando una verdad o recogido ante una idea, pero sin pensar, sin reflexionar, ¡descansa tranquilo, que tu oración es buena!

El alma sabe que está con Dios, porque siente en sí algo inefable que, por secreto, misterioso y oculto, no puede darle forma; ese “no sé qué” que, por no poderse decir, yo no sabré explicarte, pero que el alma de oración bien lo sabe.

Estate mirando al Sagrario con amor; dile un

sí silencioso y prolongado; mírale, que Él te mira; ámale, que te ama; espéralo, que te espera...

Todo esto, y muchas más cosas que yo aquí no te diré, es oración y gran oración. Cuida, porque muchas veces el enemigo engaña al alma cuando Dios la va metiendo en su paz silenciosa, haciéndole ver que eso es pérdida de tiempo, y apartándola así de esta intimidad que, mediante la oración de silencio, el mismo Dios quiere comunicarle. “Llevaré al alma a la soledad y allí hablaré a su corazón”.

Vete a la soledad del Sagrario, no a leer ni a estarte dando vueltas en una meditación que, a veces, más que unirte con Dios, te fatiga, sino a escuchar; ¡que, en esa soledad, el Verbo divino está hablando a tu alma...!

Vete solo, si puedes; sin criaturas, a leer en el Libro abierto de la Eterna Sabiduría y a escuchar el concierto infinito que, en silencio, en paz, en amor y en intimidad, el Verbo quiere cantarte.

No olvides que “la voz de tu Amado” es como miríadas y miríadas de citaristas que quieren entonar su concierto a tu alma sacerdotal.

Tú que sientes necesidad de ser feliz, de amar y ser amado, de armonías, de conciertos, de hermosuras, de bondad y sabiduría, acércate al Concierto eterno del engendrar divino y percibirás, sin criaturas de acá, aquella generación eterna que, en el fuego del Espíritu Santo, es Canción de amor infinito que, en infinitudes de

músicas, de conciertos y de armonías de ser, en Sabiduría cantora y en Expresión sustancial, el que Es quiere comunicar a tu *alma-Iglesia*, ante el contacto eterno de su Beso amoroso.

Hijo de mi *alma-Iglesia*, pregonero del Amor Infinito, mensajero de la Paz, cantor del infinito Amor, ungido para descubrir las riquezas del ser de Dios... escucha, apercibe en silencio, que Jesús, el Verbo divino, quiere hablarte hoy; en este “hoy” que es cada momento de tu vida, porque necesita comunicarte su divina Palabra, para que tú puedas, viviendo tu vocación, llenarte de su vida y ser predicador de lo divino. Aprende la Palabra de la Sabiduría eterna para que sepas lo que has de decir, y di a los hombres lo que, en la intimidad con el Amor, aprendiste.

Por eso, porque Dios te pide vivir tu sacerdocio en una plenitud inconcebible, hoy te digo: Vive tu vocación, ora en postración ante el altar, llora con gemidos que sean inenarrables. Ora, pero no olvides de dar a la palabra oración la intimidad, el calor y la vida que ésta tiene.

Cuando yo te digo que ores, te pido que ames, que te estés con el Amor, que le consueles, que le regales, que le escuches, que le preguntes su secreto y que lo aprendas para que no tengas más remedio que comunicarlo. Jesús encuentra pocas almas en quien poder descansar, y por eso está fatigado el Amor. Tú que le conoces, ¿cómo podrás ya guardar su secreto? Comunícale a los hombres.

El Espíritu Santo está haciendo evolucionar a

las almas en su vida de oración. Él quiere ser nuestro Libro abierto donde todos vayamos a leer; ese Libro divino que sólo el Cordero de Dios nos puede abrir.

Seamos conscientes de nuestra filiación divina, profundicemos en nuestro cristianismo, vivamos nuestro ser de Iglesia, y entonces, ante las realidades que se obran en el seno de la Trinidad, en el alma de Cristo, de María, en el seno de nuestra Iglesia santa y en nuestra propia alma, sabremos de oración.

Sacerdote, llamado con predilección eterna para ser el confidente y el íntimo del Sumo y Eterno Sacerdote, después de tantos años de vida espiritual, ¿aún no sabes orar? ¿Cómo es posible que tú, que tienes que tratar negocio tan importante como es la salvación del género humano “entre el vestíbulo y el altar”, viviendo tu Misa y ejerciendo tu sacerdocio, después de tantos años de intimidad como debías de haber tenido con el Amor Infinito, no sepas aún orar?

El Verbo es la Palabra de Vida, que, en un *Grito* de expresión, arde en ansias infinitas y eternas de comunicarte su secreto de amor. ¡Cuántas veces, mientras tú lees, el Verbo espera que hagas silencio para poderte decir su Palabra...! ¿Cómo irás a hablar con el Amigo divino en intimidad y confianza, a lo cual te da derecho tu sacerdocio, si tú no tienes qué decir al Amor Infinito?



Sacerdote de Cristo, entra dentro de tu interior, sé alma de oración, y escucha, que te habla Dios. Aprende a escuchar para que sepas responder al Sumo y Eterno Sacerdote, que te escogió principalmente “para estar con Él”, y así, llenándote de su vida y comunicándote su secreto, “mandarte a predicar”.

Quizá alguna vez necesites del libro para recogerte, pero el alma que ama necesita descansar en el Amor y darle descanso. Por eso, hoy te pido que vayas a la oración y, haciendo silencio en ti, hables con el Amigo divino. ¿Qué intimidad es la tuya con el Amor eterno, cuando tan pesado y largo se te hace el tiempo de oración? ¿Y cómo dices que amas al Señor, cuando no sabes encontrar tiempo para estarte con Él?

Tal vez el celo mal entendido no te deje tiempo para llenarte de vida divina; y es pena que, pudiendo hacer en ti una “fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna” para comunicarla a todos los hombres, no sepas o no encuentres tiempo para estarte “entre el vestíbulo y el altar” ejerciendo tu sacerdocio y alcanzando de la Vida esa sabiduría amorosa que tú necesitas para dar a las almas el mensaje divino del Amor eterno.

*Alma-Iglesia*, cualquiera que seas, y aún más si eres sacerdote, hoy te pido que me soportes

unos momentos, porque la necesidad que siento de que te llenes de vida es tal, que vivo en una muerte continua porque, a pesar de tanto como llevo escrito, siento en mí tal llenura para comunicártela, que sé que no podré decirte nunca todo lo que en mi alma he recibido del Sumo y Eterno Sacerdote.

Perdóname si te insisto: sé que la fecundidad de tu vida depende del grado de intimidad que tengas con el Señor, porque he aprendido, apoyada en el pecho de Cristo, que la sabiduría amorosa no está en los libros. Por eso me siento llamada a decirte incansablemente que hagas oración.

Mi alma desearía volar hasta los últimos confines de la tierra y caer desplomada de tanto clamar a todos: ¡que hagan oración para que vivan felices dando gloria a Dios y siendo fecundos! Pero oración de estar amando al Señor, de estar recibiendo la Palabra viva que el Verbo vino a comunicarnos, de estar consolando al Amor eterno que te da su amor y te pide tu respuesta.

Aprende a orar, y no olvides que la eficacia de tu vida está “entre el vestíbulo y el altar” orando ante el Infinito, en contacto ininterrumpido con el Sumo y Eterno Sacerdote, siendo así irradiación de la vida divina para todos los hombres.

“Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes del Señor”, porque después de veinte siglos podría decir Jesús como en los últimos días de su vida: “Padre justo, ¡y el mundo no te ha conocido”; ni te conocen a ti ni me conocen a

mí!, porque gran parte de los míos no saben ejercer su sacerdocio orando para alcanzar la vida divina para todas las almas...

Cristiano, cualquiera que seas, ¡vive tu sacerdocio! para que pueda decir Jesús: “Padre santo, Yo te he conocido, y éstos han conocido que Yo salí de ti. Yo les dí a conocer tu Nombre y se lo daré a conocer aún más...”

¡Orad...! ¡“Orad, para que” seáis fieles, deis vida a las almas y “no caigáis en tentación”!